Pánico moral: La inseguridad segura.

"Nada funciona, excepto el temor."
Igmar Bergman en *El huevo de la serpiente.*

"El miedo es uno de los fundamentos de nuestro tiempo."
Ernst Jünger, en *La emboscadura*, p. 63.

"El Estado administra el temor, pero nadie parece estar inquieto por la mutación de la cotidianidad; mejor aún, los mismos que sufren este adiestramiento diario, de buena gana acusan de pesimismo a los que se ofuscan."
Paul Virilio, en *La inseguridad del territorio,* p. 169.

Por **Esteban Rodríguez**.[*]

1. Un Estado débil (hacia fuera) no es incompatible con un Estado fuerte (hacia dentro). En parte esa fortaleza se adivina en el nuevo objeto que define la razón de estado, en la administración de la muerte; y en parte también porque el control del delito que supone el giro penal de los estados constituye la vidriera política por excelencia. Esta es la hipótesis que sugiere Nils Christie en su libro "Una sensata cantidad de delito", que nos parece, dicho sea de paso, que habría que tenerla presente a la luz de los nuevos temas que componen la agenda de los estados a la hora de delimitar sus prácticas publicas.

Dice Christie: *"Actualmente, con un Estado adecuadamente debilitado, es un sueño para la mayoría de los políticos estar vinculados con asuntos legales, particularmente penales. La explicación de esta situación es casi obvia: quedan muy pocos espacios libres, espacios de exposición pública, para los políticos como figuras políticas y para los partidos. Cuando la meta dominante de la vida es el dinero y la idea dominante es que una economía de mercado no regulada es el camino para alcanzar esa meta, en semejante sistema, el delito se vuelve el espacio principal que le queda a la política. Aquí es posible presentarse a sí mismo como persona merecedora de votos, con valores comunes a la mayoría de la población de asiduos consumidores. En casi todos lados encontramos a los políticos en*

[* **] Abogado y magíster en Ciencias Sociales en la UNLP. Autor de *Estética cruda* (2003); *La radicalidad de las formas jurídicas* (2002); *La invariante de la época* (2001); *Contra la prensa* (2001); *Justicia mediática. Las formas del espectáculo* (2000). Coautor de *La radicalidad de las formas jurídicas* (2002); *La criminalización de la protesta social* (2003) y *Pensar a Cooke* (2005). En la UNLP (Universidad Nacional de La Plata) se desempeña como profesor de Problemas Sociológicos y Teoría Social del Estado (Fac. de Periodismo y Comunicación Social); Introducción a la sociología y Seminario de la Criminalización de la pobreza y la protesta social (Fac. de Ciencias Jurídicas y Sociales) y Estado, sociedad y poder (Fac. de Humanidades y Ciencia de la Educación); en la UNQ (Universidad Nacional de Quilmas) como Profesor de Derecho a la Información y en la UNL (Universidad Nacional de Lanús) como profesor invitado en Comunicación y Seguridad (Lic. en Seguridad Ciudadana). Miembro del colectivo La grieta y editor de la revista *la grieta.* Miembro del CIAJ (Colectivo de Investigación y Acción jurídica), organismo de DDHH de la ciudad de La Plata.

una dura lucha para probarse a sí mismos y al propio partido que se puede ser el líder en la guerra contra el delito. (...) Lo que es definido como delito y su control se vuelve de decisiva importancia. Los guardianes del Estado adecuadamente debilitado prueban su valía. El delito, o más bien la lucha contra el delito, se vuelven indispensables en la legitimación de, y para, los Estados adecuadamente debilitados."[1]

2. Hay una canción de la legendaria Sex Pistols que decía: *"Cuando no hay futuro / cómo puede haber pecado / somos las flores de los tachos de basura / el veneno en tu máquina humana / somos el futuro / tu futuro."* En otras palabras: cuando no hay futuro no hay delito. La frase es tan ambigua como impresionante a la vez. Es impresionante porque flota en el ambiente enrarecido, es una advertencia que se respira en el aire. Ambigua porque es una consigna que la entienden a la perfección tanto los "delincuentes" como los policías. Por un lado, entonces, porque nos está diciendo que cuando una persona no sabe cómo sobrellevar las próximas 24 horas, no se puede pretender que la ley, esto es, la amenaza de que pasarás los próximos diez o veinte años presos si te portas mal, disipe o inhiba conductas por el estilo. Es la misma sospecha que tiene la policía, por eso decide actuar por mano propia, más allá de la ley, pero con la fuerza de la ley.

Como sea lo que se está postulando es que no puede pensarse en términos de delito cuando el futuro es una duración foránea en la vida de los hombres, cuando la vida no tiene sentido, valor. El Estado al refundarse desde la muerte, lo hace también dándole una centralidad a la fuerza.

Por eso en el neoliberalismo asistimos también al pasaje de la teoría de la disuasión a la teoría de la prevención, esto es, del delito (la amenaza como sanción) a la guerra de policía (la consumación de los hechos por la fuerza).

“Cuando no hay futuro no hay delito”, esta es la profunda sospecha de la Argentina excluida y el temor que tiene la otra Argentina, la incluida, pero también la que tiene la que se encuentra en vía de exclusión (el vulnerabilizado o el desocupado potencial). El crimen hablará del temor de la clase media pero sobre todo hablará de los desencuentros de la Argentina, del abismo que se precipita sobre la política contemporánea. El crimen es la cruda experiencia que se ubica más allá de la política pero más acá de la sociedad. Una historia hecha de las guerras no declaradas y las políticas postergadas que permanecen en el contrafondo enlodado, donde se depositan los restos de una sociedad inviable, que ni siquiera vale ya la pena sustentarla. El afuera es ese basurero donde los despojos de una nación que se va descomponiendo se amontonan mientras otros residuos se siguen arrojando sobre esa región que se expande y comienza a heder su historia. Y el crimen es una de las expresiones de estos trágicos desencuentros.

3. El pasaje del Estado Bienestar al Estado Malestar es también el pasaje del medio ambiente al miedo al ambiente, esto es, del ambiente como mediación o espacio de encuentro, al ambiente como

[1] **Nils Christie**; *Una sensata cantidad de delito,* Editores del Puerto, Bs. As., 2004, p. 58/9.

el lugar que hay que evitar a toda costa, como espacio vacío, un espacio que en todo caso se dispone para la circulación. Hay que evitar los congestionamientos, los embotellamientos. Con el miedo al ambiente el hombre es evacuado de las calles (exiliado o desaparecido) y recluido en la sombra, sea el interior de un automóvil o el interior de su casa. Ya no percibirá al otro más que a través del parabrisas de su auto o el televisor. Y a medida que el hombre se hunde en su vida privada, la soledad se hace más grande y más grande se hace también el miedo. La desoacilaización, el repliegue a la vida intima, crea las condiciones para el pánico.

Elías Canetti, decía que *"el pánico en un teatro es una desintegración de la masa. Cuanto más unidos hayan estado los espectadores por la representación, cuanto más cerrada sea la forma del teatro, que nos mantiene exteriormente unidos, tanto más violenta sería la desintegración."*[2]

Rápidamente se me ocurren dos ejemplos muy distintos para ilustrar lo que sugiere Canetti. El primero tiene que ver con la represión en la última dictadura cívico militar. La fuerza y el terror que inspiraba esa fuerza serializaron la sociedad, rompieron los vínculos sociales, desarmaron el gran teatro de la política. Es lo que nosotros hemos llamado alguna vez, la "maldición de Babel", la babelización de la sociedad, la lumpemproletarización de la sociedad.

El segundo ejemplo, más cercano, tiene que ver con lo que sucede en ese pequeño teatro cotidiano, la vida frente al TV. Cuando el hombre está solo o en familia viendo tele, es alarmado sobre una serie de peligros que acechan. El ciudadano-soldado es objeto de campañas profilácticas, campañas de miedo civil, que preparan psicológica, física y emocionalmente sobre las medidas que habrá que tomar para evitar ser sorprendido por el otro-peligroso. Campañas que nos ponen en guardia, que nos enseñan a andar atentos, estar precavidos, tomar precauciones. Campañas antidrogas, antialcohol, antivelocidad, antiinseguridad, antitabaco, antiaborto, campañas contra el sida, contra el dengue, contra el cólera, contra la gripe, contra el Antrax, contra la contaminación ambiental, contra el cáncer, contra las arrugas, contra el mal aliento. Campañas preventivas que precipitan la guerra en tiempo de paz, hasta que la paz se hace imposible. ¿Acaso la guerra de policía no es la guerra antes de la guerra? Miedo a perder la vida, pero también miedo al fracaso, a no tener una vida exitosa, miedo a no poder consumir.

El pánico actualiza un peligro común que suscita un miedo común a todos, transformando el miedo individual en terror social, amplificando el miedo inoculado que nos fuera modelando pacientemente, casi sin darnos cuentas, mientras nos distraíamos viendo cine o haciendo zapping.

4. Hay que evitar salir a la calle, la tierra de nadie. Hay que eludir a los vecinos, al fin de cuentas nunca sabemos cuál de todos ellos puede ser nuestro verdugo. Después de tantas horas frente al televisor, el pánico se apoderó de nuestro imaginario; el miedo individual se transforma en terror social y comenzamos a actuar con reflejos condicionados.

[2] **Elías Canetti**, *Masa y poder*, Muchnik Editores, Barcelona, 1985, p. 21.

El miedo será un inhibidor de la vida en sociedad, disuelve los vínculos sociales en tanto nos parapeta en nuestras fortalezas. Los medios de comunicación alertan, la policía inquisita, el gobierno advierte a la población. Es una cruzada contra la vida colectiva. Hay que evitar salir a la calle, sobre todo durante la noche; hay que estar siempre listos, no relacionarse con los otros o saber con quienes estamos hablando. No sólo porque sospechamos del otro sino porque ese-otro sospecha también de nosotros y así como yo puedo delatarle, él me puede delatar a mí. La paranoia es la sensación de sentirse vigilado o perseguido pero también la sensibilidad recomendada. Como todos somos sospechosos, la parálisis del enemigo que se busca con el empleo del terror, es la parálisis de toda la sociedad. Pareciera ser que lo que brinda protección es la información. A falta de espacio hay que tener tiempo... tiempo para reaccionar. Para protegerse eficazmente resulta necesario, a cualquier precio, abolir el efecto sorpresa y para ello se recomienda actuar preventivamente.

En definitiva, estamos asistiendo a un relanzamiento del pánico. El pánico es la forma que asume la política cuando el Estado se ha reconstituido más allá de la vida. El pánico se ha convertido en el paradigma de gobierno, en una nueva forma de control social. Ya no necesita la dominación ni ganarse el consentimiento de la ciudadanía para controlarlos, basta con la fragmentación social que, entre otras causas, se explica en el pánico construido en torno a la seguridad ciudadana.

5. Dice Paul Virilio: *"La pacífica cotidianidad pierde insensiblemente su realidad, todo se dramatiza a ultranza, so pretexto de los peligros más diversos -droga, alcohol, criminalidad, contaminación, subversión- y se pone el acento sobre el carácter más temible de cada acción. Todo se embrolla, se mezcla, los límites entre los gestos cotidianos más ordinarios y los riesgos más grandes ya no son muy netos."*[3]

Se trata de introducir miedo en la sociedad a través de la constitución del criminal. Inventar al criminal como acechante por doquier. El criminal es alguien que no se mueve solamente en los márgenes de la sociedad. Allí donde hay capacidad de consumo, allí habrá un delincuente acechando. Al fin al cabo, la delincuencia es una manera forzosa de distribución de la riqueza que no está destinada a derramarse. Por eso, el criminal es un monstruo y no es un monstruo. A veces se lo puede reconocer en la vestimenta, la edad o el color de la piel. Por eso se lo podrá detener una y otra vez por averiguación de identidad.[4] Pero otras veces anda sigiloso, se mueve como pez en el agua. El criminal está entre nosotros. Nos podemos topar con él en cada rincón de la ciudad. El delincuente aguarda a la vuelta de cualquier esquina y en cualquier momento nos puede llegar el turno. Por eso

[3] **Paul Virilio**, *La inseguridad del territorio,* La Marca, Bs. As., 1999, p.165/6.
[4] Sobre este tema se puede consultar la investigación de **Sofía Caravelos** *"Documentos por favor. La policía en las calles",* publicada en *La criminalización de la protesta social* (Ediciones Grupo La Grieta - Hijos, La Plata, 2003). **Caravelos** constata que las comisarías Iª y Vª de la ciudad de La Plata son las que más detenciones por averiguación de identidad han realizado. Ello se debe a que son las comisarías del centro de la ciudad. No ocurre lo mismo con las comisarías de la periferia. El problema no sería que esas personas transiten en sus respectivos barrios. El se presenta cuando estas salen de su territorio, de las zonas de tolerancia. ¿Qué hace un desocupado en el centro de la ciudad? ¿Qué hace un negro en el mundo de los blancos? ¿Qué hace un pobre en en el mundo de los que tienen capacidad de consumo? Porque el conflicto en la Argentina, además de social sigue siendo racial.

decimos que a través de la invención de la figura del criminal (del criminal como peligroso) se producen una serie de malentendidos que fracturan los vínculos sociales.

"La territorialización del delito –decía Nelly Richard- *(...) produjo dos efectos: por una parte, delimitó la figura del miedo asignándole una geografía conocida que permitiera vigilar su extensión y, por otra parte, hiperbolizó la sensación del terror dentro del perímetro señalizado por la noticia con marcación delictiva. En todo caso, la reiteración del nombre del lugar en la información de la noticia puso en escena la creación de un fantasma urbano, de una construcción imaginaria que proyecta en zonas de la ciudad imágenes y símbolos inconscientes que se funden oscuramente con las prácticas cotidianas del espacio social." "Se ubica así el horror en un paisaje familiar para que el lector del diario popular reconozca su propio entorno de todos los días y tiemble aún más al pensar en la insospechada delgadez del hilo que separa lo anodino de lo tremendo. Al dibujar un fondo de habitualidad, las 'tejas verdes, dos perros y un gallo? son la prosaica condición del escalofrío que recorre el lector dividido entre lo monstruoso y lo insignificantemente normal. Ya víctima de una angustia intermitente, ese lector deviene inseguro del límite que antes relegaba el horror en zonas declaradamente siniestras. No se repondrá fácilmente del efecto disruptivo que produce saber que lo horrible puede ser la cara simplemente reversible de lo diurnamente familiar, sin que ninguna señal anticipe la súbita anormalidad de ese reverso traicionero."*[5]

6. Cuando la sociedad se desvincula y los lazos sociales se resquebrajan, la manera de relacionarse será a través de la delación. La delación será el acto cívicamente correcto en una sociedad considerada peligrosa. Una sociabilidad que ya no se define a través del voto sino de la delación. La delación define una sociabilidad insolidaria, que nos lleva a tomar distancia del otro que tenemos al lado. Según Paul Virilio *"hay que fundar, a través de la constitución de una sociabilidad perversa, un* statu quo *social sobre la base del equilibrio de pequeños terrores íntimos, es decir, sobre el miedo cuasi-universal a la denuncia."*[6]

La cultura de la delación reconstituye a la sociedad en una red de informantes. Toda una cadena de soplones y chivatos dispuesta a trascender la visibilidad del Estado más allá de sus alcances, una manera de adquirir ubicuidad. Cuando la vida en sociedad es un lugar peligroso, la liberación de la delación forma parte del instinto de conservación. De ahora en más todos podemos ser espiados, chequeados, testeados, escuchados, sopesados, olfateados, sondeados, no solamente por la policía sino, sobre todo, por nuestro vecino o compañero de oficina.

Se trata, por supuesto, de otra tendencia que se la puede corroborar en varios actos de gobierno que alientan a practicar la delación. Por ejemplo, cuando el gobierno habilita una casilla de correo para que en sobre sin remitente el consumidor indignado pueda denunciar a los comerciantes que no entregan comprobantes de compraventa o cuando remite la factura para participar en un sorteo y no

[5] **Nelly Richard**; *"Crónica policial, pornografía y tráfico de los códigos",* Revista Voces y Culturas, Nº13, Barcelona, Septiembre 1998, p.107 y 108 respectivamente.
[6] **Paul Virilio**, *"La delación masiva"* en *La inseguridad del territorio,* La Marca, Bs. As., 1999, p.174.

se da cuenta que está aportando información sobre los comerciantes del barrio para que la respectiva oficina impositiva examine si los datos que allí se manifiestan están en regla. Se lo puede verificar también cuando el gobierno apela a la solidaridad de la comunidad y con el rótulo de "Buscados" solicita cualquier tipo de información fehaciente que permita la localización y detención de los rostros (las fotografías) que permanecen prófugos. Desde ya, en letras más grande se recuerda que el Ministerio de Justicia y Seguridad recompensará también con una suma de dinero. Incluso, para nuestra mayor tranquilidad nos aclara que para "las personas que quieran aportar la información requerida (...) se garantiza la absoluta reserva acerca de la confidencialidad de la información y su identidad." Otro ejemplo, es la figura del arrepentido y el sistema de protección de testigos. En fin, un *ethos delationis* que atraviesa la sociedad hasta reinventarla desde esta condición.

Pero es en la televisión donde esta modalidad ha tenido su mayor difusión. Permanentemente se está delatando en la televisión. Si la delación es una conducta que aporta prestigio, en parte se lo debemos a la televisión en general y a los periodistas en particular. Es que el periodismo necesita de la delación como del raiting. Necesita de fuentes reservadas que le procuren el dato diario para su primicia. Sería impensable el periodismo sin este tipo de traiciones cotidianas. Recordemos aquella consigna de otro canal de televisión: *"Ud. denuncia telefe investiga."* Las producciones de los programas de televisión habilitan teléfonos para aquellos que desean dar a conocer el "dato" que permita hacer trastabillar la actualidad. Así surgieron los cazadores de noticias que, a cambio de una recompensa que auspiciaba la producción del noticiero, el periodismo podía infiltrarse en los recovecos de la vida cotidiana. O al menos eso creía. No estaba claro si se trataba de un juego o qué. Pero lo cierto era que la ciudadanía trasmutaba en una suerte de corresponsal barrial. De repente todos nos reconstituimos como reporteros gráficos eventuales, con la oportunidad incluso de ser por unos minutos protagonistas en televisión. ¡¿Qué más se puede pedir?! Ganarse una licuadora y salir treinta segundos en TV al lado del conductor estrella que además nos felicitaba por nuestra valentía.

Como dice Horacio González: *"Los teoremas de actualidad despojan a la sociedad de su ligamen cultural, de sus rugosidades políticas, de sus debates ideológicos. Hecha esa reducción, solo resta el puritanismo del* pacto delationis *por el cual todo individuo recupera un poder individual de policía a cambio de los beneficios abstractos -'sociales'- que eran retenidos por el trasgresor y liberados hacia su utilización social luego de la denuncia. Neustadt escenificó la nueva forma que adquiere la justicia, en el acto televisado de entregar el estipendio acordado a un delator."*[7]

Poco a poco el Estado y los Medios han ido re-constituyendo al ciudadano en un informante clave y a la sociedad en una red de soplones. *"Lo importante* -señala Paul Virilio- *consiste en remarcar que no sólo la policía desarrolla los medios de vigilancia, sino que también se anima sin cesar a nuestros vecinos directos a participar de esta vigilancia reforzada de la vida social, so pretexto de actividades culturales, de seguridad vial, de higiene, etc."*[8] Con la institucionalización de la denuncia sistemática

[7] **Horacio González**, *"Delación y respeto. Una introducción a la política argentina",* Revista La Caja, Nº4, Bs. As., junio-julio de 1993, p. 22/3.
[8] **Paul Virilio**, *"La delación masiva",* p.164/5.

bajo la apariencia de asistencia, de civismo y de sentido moral, se puede testear la buena voluntad de colaboración, la predisponibilidad de la gente en las tareas de mantenimiento del orden.

7. La delación y el aprovisionamiento de armas y las medidas de seguridad, el aprendizaje de técnicas de autodefensa, el desarrollo de tácticas para reducir a nuestro eventual victimario, nos transforman en auténticas fuerzas parapoliciales. Es lo que Virilio llamó ciudadanos-soldados.[9] Cuando ya no se trata de la libertad individual sino de la seguridad personal, nos transformamos en milicianos. De esta manera los controles se vuelven participativos, en la medida que reclaman de la activa participación de las masas en todas las formas de control.

Se sabe que la propiedad privada es una noción económica pero también es una definición política. En efecto, la propiedad era el perímetro inallanable por la autoridad, salvo orden judicial. Todo lo que sucedía puertas adentro, en principio, estaba reservado a su esfera íntima. El paradigma de la libertad se construyó alrededor de este mito.

La publicidad de la intimidad, que alguna vez estuvo ligada a metáforas totalitarias, en las *sociedades de comunicación*, aparecerá vinculada a las prácticas democráticas. Lo que antes hubiese significado un claro avasallamiento de los derechos individuales, con el auge de la opinión pública se transforma en un derecho, en su mejor garantía.

Aquella metáfora que George Orwell utilizó en "1984" para caracterizar a los regímenes totalitarios, un hombre enclaustrado en una habitación que es videado por el Gran Hermano, una suerte de pantalla que filma y propagandiza las 24 hs. del día sin interrupción, se ha convertido en el paradigma de la libertad, y más aún, se ha transformado en el proyecto de vida exitoso. Por eso, no resulta ni siquiera curioso que asistimos con apasionado entusiasmo a una nueva forma de *"servidumbre voluntaria"*.

La propiedad privada se transformó en una casamata, en una suerte de bunker. Es un refugio, un subterfugio abovedado, una suerte de fortificación militar. Todas las medidas que adopta el ciudadano-soldado que entra en pánico, lo llevan a transformar su casa en una fortaleza. Cuando el pánico cunde, el ciudadano se abroquela. De la misma manera que en la década del 40, en Europa, los gobiernos recomendaban cavar una trinchera en el jardín o el patio del fondo, y en las décadas del 60 y 70, durante la guerra fría, se sugería construir sótanos antinucleares, hoy día, para protegerse del enemigo interno, de los excluidos, se recomienda, en el mejor de los casos, la provisión de una habitación del pánico, y cuando la plata no alcanza, hacerse de buenos perros policías, electrificar el perímetro, enjaularse, alarmarse, disponer cámaras por doquier, contratar seguridad privada o ponerse de acuerdo entre los vecinos del barrio o de la cuadra para estar alertas de cualquier movimiento sospechoso.

[9] Sobre este tema pueden consultarse dos libros de **Paul Virilio**: *La inseguridad del territorio* y *Villa pánico*.

Recordemos el retrato de Franz Kafka, "la madriguera" donde el innominado animal (que puede ser un topo o un ser humano), protagonista del relato, está obsesivamente preocupado por construir un hoyo, una guarida inexpugnable, que, poco a poco, resulta ser por el contrario una trampa sin salida.

8. En estos tiempos voraginosos, se tiene la sensación de que la criminalidad sitió la ciudad; que los homicidios y los robos se multiplican semana a semana. El taxista acribillado en la esquina será acribillado otras diez veces por los medios, en el mismo día. La literatura policial viene a alojarse en el centro de la (in)seguridad ciudadana. Como decía Bergman en *El huevo de la serpiente*, y no nos apuremos a sacar conclusiones de estas palabras: *"Los periódicos están llenos de temor, amenazas, rumores. El gobierno parece no tener poder. Un enfrentamiento entre los grupos extremistas parece inevitable. A pesar de eso, la gente va a trabajar. La lluvia no cesa y el miedo surge como vapor de los adoquines. Puede sentirse como un dolor punzante. Todos lo soportan como un veneno para los nervios. Un veneno de acción lenta que se siente como un pulso más o menos acelerado, un espasmo o náuseas."*

El peligro es vivido simultáneamente por millones de auditores. El periodismo ha sumergido al ciudadano en espacios de violencia y lo ha sumido en la desesperación. Las páginas y noticieros amarillos nos advierten cada tanto: una ola permanente de crímenes sobresalta al barrio. Las calles son especies de vitrinas del horror donde el asalto, la paliza, la violación, el secuestro y el asesinato son algunas de las fatalidades que aguardan a la vuelta de la esquina. Un perverso juego de azar rodea nuestra rutina y cualquiera de nosotros puede ser el blanco perfecto. Pero para sumergirnos en su derrotero, no hace falta ser el objeto directo de esa violencia, con la prioritaria cobertura espectacular que los medios de comunicación hacen todos los días. El enemigo está en casa y se aloja dentro de nosotros: el *miedo*.

La criminalidad es exhibida por los medios como muy cercana, presente por doquier, y amenazadoramente terrible. Como señala Michel Foucault: *"...cuanto más crímenes haya, más miedo tendrá la población y cuanto más miedo en la población, más aceptable y deseable se vuelve el sistema de control policial. La existencia de ese pequeño peligro interno permanente es una de las condiciones de aceptabilidad de ese sistema de control, lo qué explica por que en los periódicos, en la radio, en la TV (...), se concede tanto espacio a la criminalidad como si se tratase de una novedad cada nuevo día..."*[10]

Al mismo tiempo que el ciudadano-consumidor-soldado se siente motivado a solicitar y aceptar el control policial, otro fenómeno impacta sobre sus miradas. En efecto, todo un abanico de violencia que ahora abarca la paliza y la tortura, el gatillo fácil o la desaparición, las coimas, las amenazas, las razias o simplemente la mirada tajante del policía que se asoma por la ventanilla de su celular; es engarzado a las pupilas del buen-ciudadano. Ante semejante bestiario el sistema de control policial se

[10] **Michel Foucault**. *"Las Redes del Poder"* en *Lenguaje Libertario* N 1 compilado por Christian Ferrer, Nordan Comunidad, Montevideo, 1991, p. 22.

vuelve indeseable. El hombre se siente una vez más paralizado de miedo y se promete sortear todo posible contacto con la policía.

Claro que se nos podría objetar que esta situación, de ser así, implicaría una contradicción y un grave perjuicio para el mantenimiento del "estado de derecho". Pero lo cierto es que el Estado no se siente trastocado en lo más mínimo; al contrario, los difunde o deja que se difundan entre la sociedad. Hace rato que el Estado se ha desentendido de la seguridad de los ciudadanos, si en realidad no estuvo siempre así. La seguridad personal de los hombres ha sido abandonada al libre albedrío o mejor dicho a la posibilidad concreta (onerosa) de que éstos contraten su propia seguridad privada, pues el Estado está muy preocupado por su propia seguridad, en su propia subsistencia.

De modo que el Estado se va a valer de la violencia mediática para infundir entre la población el paralizante miedo que posibilite mantener la escisión que supone la lógica de la representación y de esa manera autoperpetuarse en la gobernancia. De allí que difícilmente encontremos a funcionarios, por ejemplo, rectificando los partes periodísticos, haciendo la vista gorda o censurando las estadísticas sobre el gatillo fácil. Por el contrario, son los primeros en hacerse cargo, reconociendo enseguida una supuesta crisis policial que motiva la depuración de la fuerza de seguridad en cuestión. Eso sí, una de cal y otra de cemento, porque al mismo tiempo que se organiza la limpieza, se hacen los trámites correspondientes para reequipar la fuerza, actualizarla, pues al fin de cuentas, la policía, pero también la prefectura o la gendarmería, son la reserva de la democracia formal, lo que en última instancia, garantizará la gobernancia a la *Representación*.

Como un personaje de la tragedia griega, el ciudadano ha quedado atrapado en un círculo perverso. Impulsos contradictorios pujan en su interior. La tensión suscita sentimientos confusos. El hombre se debate en la ambivalencia de querer y no querer policía, entre aceptar y rehusar su intervención.

Pero más allá de las contradictorias conclusiones a las que arribe el ciudadano-consumidor-soldado, lo que nos interesa destacar aquí es la relación de continuidad que se propone, una continuidad que estará dada por el *miedo*, ese estado paralizante, de impotencia, que recubre el cotidiano cuando éste se encuentra solo en su domicilio, frente al televisor, más allá de cualquier experiencia colectiva.

Es precisamente la instalación del miedo en el centro de la sociedad, lo que permitirá otra vez producir la separación entre política y sociedad. En la violencia que dispara el crimen, en la criminalización de la sociedad, en los discursos mediáticos sobre la inseguridad ciudadana, en las campañas de pánico moral, el Estado Malestar encuentra un nuevo *rudimento de legitimación*.[11]

[11] Al mismo tiempo, como señalan **Julia Varela** y **Fernando Alvarez Uria** (*Sujetos frágiles*, FCE, 1987), la inseguridad y la lucha contra el delito podrían ser entendidas como una estrategia política para canalizar y desviar hacia ese terreno las preocupaciones de los ciudadanos, dejando así, en un segundo plano, otros temas más importantes como pueden ser el desempleo, la crisis económica o la corrupción. La inseguridad entonces sería el mejor chivo expiatorio para desplazar lo social por lo policial. Como dice **Georges Balandier** (*El poder en escenas*, Paidos, Barcelona, 1992): *"En los períodos de vacío de poder, de debilitamiento del sistema político, se hace patente la función terapéutica de los mecanismos de tratamiento ritualizado del desorden; a condición de*

Es esa sensación de sentirse el blanco de acontecimientos hostiles lo que sostendrá el desenvolvimiento policial. A partir de la violencia mediática, el gobierno tiene la posibilidad de institucionalizar el miedo y proporcionar mecanismos de control ya sea para liberar al hombre de la inseguridad o bien para sumergirlo en ella.[12]

En síntesis, la espectacularización del crimen le permitirá declarar el estado de inseguridad permanente y ofrecer seguridad en forma de policía dura, una policía que, actuando con todo el rigor (en las zonas de vulnerabilidad) o actuando con tolerancia (en las zonas de riesgo), actuando en forma preventiva o regulatoria, respectivamente, siempre estará haciendo hincapié en la fuerza que monopoliza, una fuerza que sabrá ponerla en juego de distintas maneras según se mueva, dijimos, por las regiones civilizadas o en estado de naturaleza.

Es por eso que la clase dirigente sea la que más interés tiene en la escenificación del delito. Lo que antes podría haber sido una información, una simple crónica policial, se transforma ahora en un discurso que infunde miedo, y cuando lo hace, por añadidura, estará aportando la legitimidad requerida para dar curso a la intervención de las fuerzas de (in)seguridad.

9. El peligrosismo hobbesiano encontró una nueva veta para colarse otra vez. Reconstituir lo social desde el crimen, amedrentar, transversalizar el delito, vincular la violencia a la pobreza que no se resigna, será como refundar la sociedad desde el terror, desde un pacto que hace pie en el miedo que tiene la gente, esa misma sensación paranoica que lo lleva a ver al «otro» como peligroso, nuestro eventual agresor. Cuando cualquiera de nosotros puede ser un potencial criminal hay que tener cuidado, estar precavido; no hay que exponerse porque nos puede hacer daño, mejor quedarse en casa, bajar las persianas y conectar las alarmas.

Porque ya sabemos que el miedo despolitiza, que la seguridad personal es el viaducto despolitizante por excelencia; porque cuando el ciudadano (ya de por sí aislado, serializado por la *Representación*, por el voto y la aritmética electoral) se siente para colmo desprotegido o amenazado, se retrae en la salvaguardia prepolítica de su privacidad. En esa región vital, íntima, primigenia y prepolítica, todo vale. El hombre se separa del grupo, se atrinchera para defenderse. Entonces, la despolitización privatista que neutraliza las expresiones colectivas es lo que está en la base de la cuestión de la seguridad. Cuando el Estado agita el problema de la "seguridad ciudadana", del "orden" o la "paz

---

que su código conserve todavía eficacia, y de que su autoridad no dependa ni del acontecimiento, ni de la arbitrariedad humana." (p. 111)

[12] Como dice **Stella Martini** ("Agendas policiales de los medios en la Argentina: la exclusión como un hecho natural" en *Violencia, Delitos y justicias,* comp. **Sandra Gayol** y **Gabriel Kessler**, Manantial, 2002): *"En la identificación de la inseguridad con el desorden, la información policial opera a modo de una gran relato (una serie) de control en el que se inscriben y se significan cada uno de los nuevos hechos delictivos publicados día a día."* (p. 99) De allí que *"las noticias sobre hechos 'policiales' aportan a la normalización de los discursos hegemónicos, se constituyen en potenciales relatos de control social al expresar la necesidad de vigilancia y de 'mano dura' y justifican prácticas y políticas de exclusión."* (p. 87)

social", es porque quiere que los ciudadanos regresen a sus respectivos domicilios a ver televisión y que le dejen a hacer las cosas como mejor "sabe hacer".

Cuando las multitudes irrumpen, hay que intervenir; y la intervención será brutal aunque focalizada, contundente aunque imperceptible si la multitud no se resigna. De la "doctrina de seguridad nacional" pasamos a la *"tolerancia cero"*, de la misma manera que la mano invisible se vuelve *mano dura*. Una mano que se vuelve puño, pero permanecerá invisible, intermitente, difusa y errante. De allí que no pueda percibírsela como tal. El terror del que hablamos es un terror espectral, que ya no tiene su base real en un punto determinado, en una institución, quiero decir, sino que permanecerá diseminado entre diferentes prácticas que organizan y gestionan la disrupción. Eso será el terrorismo de Estado en esta nueva época signada por la crisis de representación: *un puño sin brazo*.